



MARYPOSA

VOY A CAZARTE

MEERA KEAN



MARYPOSA

VOY A CAZARTE

MEERA KEAN

MARYPOSA

Índice

[Villa del terror](#)

[El palacio de los espejos](#)

[El paseo de Scream](#)

[El hospital abandonado](#)

[El tren del terror](#)

[1 de noviembre](#)

[Agradecimientos](#)



*A las que sintieron “mariposas”
con los tiktoks de enmascarados*

The background of the page is a solid black field covered with a dense, chaotic pattern of thin, white, hand-drawn scribbles. These lines are of varying lengths and directions, creating a complex, textured effect that resembles a dense web or a series of overlapping loops.

PARTE UNO

Villa del terror

—No pasa nada malo por ir a un parque de diversiones.

—Mis padres me matarían si supieran que... —Miré el letrero que decía “Villa del terror”—. Me obligarían a regresar a mi pueblo si se enteran de que estoy celebrando Halloween.

Jamie, mi compañera de habitación, tomó mi mano y me llevó hasta donde se compraban los boletos.

—Para algo viniste a la universidad: hacer amigos, besarte a un extraño en un callejón, ser perseguida por un caníbal con una motosierra... —Sonrió ante mi expresión de horror—. Además, llevo años esperando a ser mayor de edad para que me dejen entrar.

—Feliz Halloween, mis demonios —dijo Logan, el novio de Jamie.

—¿Trajiste a Marianne? —Max, el primo de Logan, me dio una mirada fugaz—. Pensé que no quería dejar el dormitorio.

—Vino porque la va a pasar genial —aseguró Jamie.

Villa del terror abría sus puertas solo dos noches al año, durante Halloween. Simulaba un pueblo abandonado y el humo gris se elevaba del suelo, creando una neblina densa que entorpecía la visión. La escasa luz de las farolas no servía de nada.

Aunque iban y venían cientos de personas disfrazadas, seguía pareciéndome inquietante.

—¿Lista para divertirte, Mary? —Logan pasó un brazo sobre mis hombros.

—Se llama Marianne —aclaró Max.

—No hay experiencia comparable a la Villa del terror, *Mary*. Es la mejor atracción terrorífica que conocerás en tu vida.

—Pensé que solo dejaban entrar a mayores de veintiuno. ¿Has estado aquí antes?

—Para algo existen las identificaciones falsas, *Mary* —susurró Logan en mi oído.

Jamie no nos prestaba atención. Me resultaba extraño que no le molestara ver a su novio tan cerca de otra chica. Pero Max iba con un brazo alrededor de su cintura y conversaban tranquilamente.

Para ellos, el contacto físico no era problema.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Es sobre tu vida y tus costumbres. — Le di un asentimiento a Logan—. ¿No se supone que a esta hora deberías estar rezando?

Miré mi reloj de pulsera, eran las ocho de la noche.

—¿Cómo lo sabes?

—No eres la única que viene de ese pueblo donde practican una religión tan peculiar —intervino Max.

—Querrás decir una secta —se burló Logan.

—¿Hay más personas de Kencott River en la universidad?

—Un chico un año mayor que nosotros. Tengo clases de Historia con él y nuestro profesor es apasionado del estudio de las religiones. —Me dio una sonrisa—. Debo admitir que yo también. Es intrigante como manipulan el cerebro de las personas cuando desde niños son atrapados por los dogmas.

Era lo que todos iban a decir: que me habían lavado el cerebro, que era normal que me creyera las mentiras con las que había crecido: una manera de mantenernos sometidos.

—Pienso que si quieres aprender de mi religión y nuestras costumbres, deberías escuchar la historia de una fuente confiable. No es una secta y hay más amor y paz en mi comunidad de la que le han hecho creer a muchos.

—Pues dile eso al chico de mi clase. Fue él quien hizo un análisis de cómo crecer en esa religión le arruinó la vida.

—¿Qué...?

—También dijo que no piensa permitir que más personas caigan en ese culto.

—¿Quién es el chico? —Nadie de nuestra comunidad nos desprestigiaría de tan vil manera—. ¿Cuál es su nombre?

—Asher King.

—No me suena. Seguramente está mintiendo.

—Creo que su familia fue expulsada de tu pueblo —dijo Max.

—Eso jamás ha sucedido en mi comunidad. Estoy convencida de que solo busca manchar nuestra imagen.

—Podrías preguntarle.

Logan señaló a un chico de pelo negro sentado en uno de los bancos a los lados del camino.

—No lo conozco —murmuré.

—Y es mejor que se quede así. —Max se paró a mi derecha para hablar más bajo—. Me han dicho que a veces se escuchan gritos en su habitación, en las noches... No te gustaría terminar encerrada ahí, ¿o sí, Marianne?

Lo miré con los ojos muy abiertos y me dedicó una sonrisa.

—Es broma. La verdad es que no me agrada, no es buena persona. —Acomodó un mechón de mi pelo detrás de la oreja—. No te relaciones con él.

El chico alzó la vista en nuestra dirección y me sostuvo la mirada por demasiado tiempo.

—Creo que te ha fichado como su próxima víctima —se burló Logan.

—Dejen a Marianne en paz —intervino Jamie y me tomó de la mano—. Quiero ver El palacio de los espejos.

—Solo estábamos bromeando —replicó.

—Bromeen entre ustedes, no asustándola.

—Pero es Halloween, se supone que es el día para eso.

Doblamos por un callejón estrecho. Las casas a los lados eran de madera con marcas de arañazos de animales en las paredes y manchas rojas que parecían sangre.

—Jamie, esto no me gusta —susurré.

—Cambiarás de idea. El miedo puede ser entretenido. Liberas adrenalina y tu corazón se acelera. —Se acercó para susurrar y sus labios rozaron mi oreja—. Te sorprenderá descubrir lo mucho que se parece a estar excitada.

El calor se agolpó en mis mejillas y negué.

—¿Nunca te ha pasado? —preguntó por lo bajo, sorprendida—. ¿Nunca has tenido ganas de tocarte?

Tantas veces sentí el impulso de meter la mano entre mis piernas durante la misa de los domingos... En ocasiones, las pesadillas me despertaban y, agitada, empapada en sudor y con la piel tan sensible que dolía, había deseado poner la almohada entre mis piernas y...

Hacerlo era caer en la tentación de los demonios y yo estaba preparada para eso.

«Las chicas buenas controlan las pesadillas, no son controladas por ellas».

—Puedes confiar en mí y contarme —insistió Jamie y su aliento acarició mi mejilla—. Es algo normal si no has...

Una figura oscura se interpuso en nuestro camino y dejó escapar un gruñido. Jamie y yo chillamos, los chicos, que iban detrás, maldijeron antes de empezar a reír. Un hombre con un cuchillo en la mano y una peculiar máscara nos bloqueaba el paso.

Era metálica y me recordó a la de un verdugo, más siniestra y tosca. Los ojos eran aberturas que dejaban ver un destello malicioso. Lo peor era la boca: barras alargadas como los barrotes de una cárcel.

—No nos hará nada —dijo Jamie con una risa nerviosa y pasamos junto al hombre que no dejó de mirarnos mientras nos alejábamos.

El corazón me quería estallar dentro del pecho.

—Es una de las máscaras de Slipknot —escuché decir a Max.

—¿Ya tienes el segundo álbum?

—No, pero quiero una máscara.

—Busquemos un par —propuso Logan—. Jamie, nos vemos dentro de El palacio de los espejos. Mis amigos nos esperan. Entren con ellos.

Cuando los chicos desaparecieron, las piernas me temblaban.

—Es una banda de *nu metal* —explicó Jamie, ajena a lo que me pasaba—. Está de moda, pero los disfraces que verás son de personajes de películas de terror. Jason Voorhees de Viernes 13, Michael Myers de Halloween o *Leatherface*.

No tenía ni idea de lo que hablaba.

—Asustan a la gente, es parte de la experiencia del parque, pero no nos harán daño.

Sin importar lo que dijera, el camino de piedra se hundía bajo mis pies. Me tuve que agarrar de su brazo para no caer. No podía parar de mirar a mi alrededor, temerosa de un próximo ataque.

—¡Ahí están! —exclamó Jamie, señalando a un grupo de personas.

Traté de controlar mi respiración y saludé a los desconocidos en voz tan baja que no recibí respuesta. Busqué al enmascarado con la mirada y vi a otros hombres disfrazados asustando a los que pasaban de un lado a otro. Ninguno era el de la máscara del verdugo.

—Esto te encantará.

Jamie señaló al pabellón frente a nosotros. La fachada medía más de cinco metros, con rostros alargados, deformes y gritando, unos junto a otros. Dentro de cada boca había fragmentos de espejo que reflejaban las luces del parque. Era grotesco y escalofriante, era...

The background of the page is a solid black field covered with a dense, chaotic pattern of thin, white, hand-drawn scribbles. These lines are of varying lengths and directions, creating a complex, textured effect that resembles a dense web or a series of overlapping loops.

PARTE DOS

El palacio de los espejos

Nos recibió un salón con espejos en lugar de paredes. Luz violeta venía del techo y en algunas partes se volvía rosa. El suelo de cuadrados blancos y negros, distorsionados, creaban una extraña ilusión que no permitía entender dónde empezaba o terminaba nada.

—Toma mi mano —dijo Jamie.

Confié en ella cuando avanzó entre la gente en dirección a un espejo que resultó no serlo. Los reflejos engañaban. Empezó a sonar una música suave y lenta: una canción de cuna.

Otro giro nos llevó a una sala en la que oscilaban péndulos. Se multiplicaban con los reflejos en una habitación que se hacía infinita. Era increíble el efecto óptico, las luces...

—Dije que te iba a gustar.

Me encontré devolviéndole la sonrisa.

—La mejor parte viene con el juego.

No me dio tiempo a preguntar cuál juego porque un chico hizo sonar el silbato, marcando el inicio, y Jamie me arrastró por el primer pasillo que encontró.

Era como jugar a las atrapadas en un laberinto, porque así estaba pensado El palacio de los espejos. Al principio, no podía seguirle el ritmo a Jamie, pero tras chocar contra varios espejos y evitar a otros jugadores, nos volvimos un buen equipo.

Mi risa se perdía entre los chillidos y la música cuando una de las dos caía al piso. Disfruté, por primera vez en mi vida, de reír a todo pulmón sin importar lo que pensarán otros.

Jamie casi no podía respirar entre carcajadas y fue gracias a mí que nos detuvimos antes de chocar con otro de los espejos. Estaba a punto de

decirme algo cuando se quedó consternada, mirando sobre mi hombro.

Al final del pasillo había una figura reflejada en más de diez espejos: un hombre de negro, con una máscara blanca partida por la mitad.

—¡Corre! —chilló Jamie—. No voy a permitir que él me atrape.

Nos detuvimos en un pasillo sin salida.

—¿Por qué?

—Ellos nos cazan y hay alguien que está detrás de mí para... pasar un buen rato.

—¿Logan?

Puso un dedo sobre sus labios.

—Alguien.

Corrimos, pero al doblar por segunda vez, la persona de la máscara blanca salió de la nada. Tomó a Jamie de la cintura y se la echó al hombro. A pesar de sus chillidos y de que intenté sostenerla, su mano sudorosa se escapó de la mía y desaparecieron.

Di vueltas sobre mis pies y volví a correr, pero sin Jamie no era divertido. Al detenerme, observé mi reflejo. Mi cara estaba empapada en sudor y un par de mechones escapaban de mi trenza. Me veía salvaje y desaliñada, no reconocí a la Marianne que me devolvió la mirada.

Retrocedí, negando repetidas veces. Me había olvidado de que la diversión tenía un límite.

No quería que alguien me llevara al hombro como a Jamie. Deseé salir de ahí, pero no sabía cómo. El palacio parecía gigante con tantos pasillos.

Si mis padres se enteraban de lo que estaba haciendo, me convertiría en una decepción.

«Me encerrarán».

La idea me hizo temblar. Mi espalda chocó con un espejo, pero no me detuvo. Me fui hacia atrás, dejé las luces entre violeta y rosa para ser tragada por la oscuridad, cayendo al vacío hasta que unas manos fuertes me sostuvieron.

—¿Te perdiste, Mary? —preguntó una voz grave.

El espejo era una puerta secreta hacia un pasadizo oscuro. Un hombre me tenía entre sus brazos y no podía ver quién era, solo escuchar su respiración. Me revolví para alejarme y me soltó. Cuando traté de darme la vuelta para enfrentarlo, me sostuvo de los hombros.

—Mira al frente —ordenó y algo en su tono hizo que me paralizara.

—¿Quién eres?

—¿Importa?

—Estoy en un lugar que no conozco y con un extraño. ¡Por supuesto que importa!

Una risa ronca se le escapó.

—Qué maleducada y agresiva respuesta de una chica que solo murmura cuando está en público.

Acababa de alzar la voz, algo que nunca hacía.

—No me voy a disculpar y quiero saber dónde estoy y por qué...

—¿La oscuridad te da valor?

De algún lugar desconocido provenía el coraje para forcejear y hacer enojar a alguien que podía ser peligroso.

—Si no vas a decirme quién eres, suéltame.

—Lo haré si no me miras.

—No acepto condiciones de alguien que me está tocando sin permiso.

—Y yo no te doy permiso para mirarme —advirtió, amenazante.

La curiosidad me invadió cuando dejó de tocarme, pero no me di la vuelta.

—Buena chica —ronroneó—. Ahora dime..., ¿quieres salir de aquí?

—¿Cómo sabes que...?

—Te he observado lo suficiente.

El susto en la calle con el hombre enmascarado del cuchillo se convirtió en nada. El peligro se sintió real e hizo que la sangre corriera por mi cuerpo a toda velocidad.

El desconocido se acercó a mi oído.

—No voy a lastimarte —murmuró—. No tienes que tener miedo, a menos que eso te guste.

—Lo único que quiero es salir de aquí.

—¿Estás segura? Puedo ofrecerte otro tipo de ayuda.

La suavidad de su voz fue como una caricia.

—No me interesa nada que venga de ti.

Volvió a reír.

—Estaré esperando a que cambies de opinión.

—Siéntate a esperar. Para empezar, no sé quién eres y la verdad es que no me importa averiguarlo.

—Eres muy distinta en la oscuridad, eso es interesante... Camina si quieres salir de aquí.

Avancé con cuidado para no tropezar con los cables en el suelo. Había soportes metálicos a ambos lados.

—¿Por qué me metiste aquí?

—Parecía que te ibas a desmayar. Debiste haber visto tu cara después de que tu amiga... desapareciera.

—¿Me estabas vigilando?

—Puede ser... ¿Eso te asusta?

Me detuve y no por su pregunta, sino al dar con un cristal a través del que se veía un pasillo de El palacio de los espejos. Era un espejo unidireccional, hecho para espiar lo que pasaba al otro lado. Aquello era perturbador y...

—¿Quieres hacer preguntas? ¿Quieres saber quién mira? ¿Por qué? ¿A quién? ¿A quiénes?

Negué y seguí mi camino.

El miedo me embargaba cada vez que aparecían desvíos y el hombre indicaba por dónde ir. Quizás estaba mintiendo, llevándome a donde quisiera. Estaba a punto de confrontarlo cuando otro espejo espía apareció frente a mí.

Reconocí el pelo rojo de Jamie que iba de la mano de un chico moreno. Sus labios se unieron con confianza. Le metió las manos bajo la blusa y dejó expuestos sus pechos para chuparlos.

Me quedé paralizada al ver a Jamie alzar la cabeza y abrir la boca, extasiada. No los escuchaba, pero podía imaginar los gemidos.

—Deberíamos irnos —dijo el desconocido.

Mi corazón se aceleró mientras Jamie le desabrochaba el pantalón. Vi el miembro erecto y se arrodilló para meterlo en su boca. El chico recogió el pelo rojo como fuego entre sus manos y empujó sus caderas.

Jamie parecía ahogarse, las lágrimas corrían por sus mejillas, pero la mirada de satisfacción que le dirigió expresaba todo lo contrario. Estaba disfrutando de aquella humillación profana.

Di un paso atrás y mi espalda chocó contra el pecho del desconocido. No me importó la cercanía o que su cuerpo fuera duro como la piedra. Su calor me envolvió.

El chico hizo que Jamie se pusiera de pie para dejar su trasero expuesto. La penetró y su cara de placer me sorprendió. Se retiró y volvió a entrar en ella, tomando un ritmo desenfrenado.

Los cuerpos con la ropa revuelta se movían, hechos el uno para el otro. Los músculos de mi vientre se contrajeron.

—Si yo fuera tú, tendría cuidado con el lugar a donde llevas esa mano —me susurró al oído.

Había olvidado su presencia y me sorprendió que no solo había tomado su mano, sino que la había puesto sobre mi cadera. Era casi el doble de grande que la mía y sus dedos se clavaron en mi piel.

Lo peor era que mi cerebro me decía que llevara esa mano a cierto punto entre mis piernas.

—¿Te ayudo con algo? —preguntó con diversión en la voz.

Puse distancia entre nosotros. Todo en ese parque estaba mal. Tenía que huir lo antes posible.

Seguimos caminando por más de cinco minutos y tras doblar un par de veces en las que ignoré los espejos espías, dimos con una puerta de hierro.

—Al otro lado encuentras la libertad.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo?

—¿Comprobándolo?

Temía que fuera la entrada a una habitación oscura en la que pudiera encerrarme y no fue miedo lo que me invadió, sino... ¿curiosidad? Mi cerebro empezaba a funcionar de forma inusual.

Giré sobre mis pies y el desconocido no tuvo tiempo de evitarlo. Quedé frente a la máscara del verdugo.

—Tú.

—¿Yo?

—El hombre del callejón.

—Cierto..., ese.

—Trabajas aquí.

—Quizás.

—No puedes hacerme daño. Es solo un juego.

Me acorraló contra la puerta.

—¿Estás segura de eso?

Era mucho más alto y se inclinó para hablarme al oído.

—No deberías estar aquí —murmuró—. No sigas revoloteando alrededor del peligro, Mariposa. Me dan ganas de cazarte.

Salí corriendo y tiré la puerta a mi espalda para que no me siguiera. Me encontré con el frío de la noche en la parte trasera del pabellón. Apoyé las

manos en las rodillas y me incliné para recuperar el aliento. Estuve así por más tiempo del que pude contar, temblando.

—Parece que alguien conoce caminos secretos dentro de El palacio de los espejos.

La voz masculina tras el largo silencio me puso alerta. Logan venía hacia mí con una sonrisa de medio lado.

—¿Todo bien? Pareces asustada —se mofó—. ¿Viste algo que no te gustó?

Un hombre enmascarado. Su novia siendo infiel.

—¿A Jamie? ¿Eso es lo que te tiene con esa cara? ¿La viste con ese chico?

«¿Cómo lo sabe?».

Era imposible que lo supiera, a menos que...

Me alejé cuando sonrió y sus ojos verdes destellaron.

—Tranquila. Sé de lo tuyo con uno de segundo año, no es un secreto. Jamie y yo tenemos una relación... flexible.

Por alguna razón, eso me escandalizó menos que los baños mixtos de la universidad o las faldas cortas de mi compañera de habitación.

«Quizás es porque la vi teniendo sexo».

La idea me llevó a ese momento y a las sensaciones que había experimentado, a la mano del verdugo sobre mi cadera y al cosquilleo en mi vientre. Me estaba corrompiendo con solo una hora en Villa del terror. Por eso era que en la comunidad no se celebraban fiestas paganas.

—¡Ahí están! —gritó Max que venía con una despeinada Jamie—. ¿Qué demonios hacen aquí parados? —Me miró de pies a cabeza—. Estás pálida.

—Me perdí.

—¿Quieres que busque algo de beber? —Jamie me tomó del brazo—. Tenía miedo de que no hubieras salido —dijo con verdadera preocupación.

No sabía cómo mirarla sin sentir vergüenza. Quería decirle que nos fuéramos o que me acompañara a la salida, pero no podía.

Jamie se fue adelante con Max para comprar algo de beber y volvimos a las calles neblinosas.

—No tienes cara de estar bien. —Logan caminó a mi lado—. Algo más pasó, ¿no es cierto?

—Preguntas como si me conocieras.

Me dio una media sonrisa.

—Eres más interesante de lo que piensas. Te he estado observando.

Me dio la espalda y apuró el paso para alcanzar a los chicos. De la parte posterior de su cinturón colgaba una máscara, la del verdugo. Era él...

«¿Por qué Logan trataría de asustarme de esa manera?».

Era burlón y algo entrometido con sus preguntas, pero no me había parecido una mala persona. Tenía que decirle a Jamie lo que su novio había hecho, que la habíamos visto, que...

—¿Te gusta *Scream*? —preguntó mi compañera de habitación—. Son películas. ¿Las has visto? La primera salió hace más de cinco años —explicó ante mi silencio—. Son increíbles, las preferidas de Logan.

—¿De qué...? —Mi voz salió aguda e irreconocible—. ¿Sobre qué son?

—Un asesino con una máscara. No sé por qué dicen que son películas de terror, a mí no me dan miedo. Me parecen sexi las máscaras, no saber qué hay detrás.

—¿Debería comprarme varias máscaras para seducir a las chicas? —preguntó Logan—. ¿Tú qué crees, Mary? ¿Los hombres enmascarados son sexis?

—Yo... —Negué repetidas veces—. No tengo idea de lo que hablan.

Los chicos rieron y Jamie los mandó a callar.

—Ignóralos. Te va a encantar El paseo de *Scream*.

Al final de la calle había un pabellón. Me costó distinguir que la fachada representaba una máscara blanca. Los agujeros negros de los ojos era como los de una calavera deforme y lo perturbador era la boca abierta, congelada en la expresión de un grito.

Se me heló la sangre al ver que, a través de esa boca, se entraba al lugar al que me estaban llevando.

The background of the entire page is a solid black field covered with a dense, chaotic pattern of thin, white, hand-drawn scribbles. These lines are of varying lengths and curves, creating a complex, organic texture that resembles a microscopic view of a material or a dense network of connections.

PARTE TRES

El paseo de Scream

Nos condujeron a una sala oscura y las luces se fueron encendiendo. Dimos con la réplica de una pequeña casa. El televisor de la sala estaba encendido y al otro lado se encontraba la cocina.

—¿Listos para ver una película de terror? —preguntó la mujer que nos guiaba—. ¿Cuál les apetece...?

Sus palabras se diluyeron por el timbre del teléfono sobre la mesa del comedor.

—¿Alguno de ustedes va a contestar? —preguntó ella y las risas se movieron a mi espalda.

Jamie se adelantó.

—¿Hola? —dijo con una sonrisa.

—¿Hola?

Me sobresalté ante la respuesta. Había altavoces escondidos y se podía escuchar a quien estaba al otro lado de la línea.

—¿Con quién hablo? —preguntó Jamie.

—¿A qué número estoy llamando? —dijo la voz grave y áspera.

—No sé, eres tú quien llamó.

—Pero no sé cuál número marqué.

—Quizás aquí no está la persona con la que quieres hablar.

—¿Eso crees?

Había un toque perverso detrás de la suavidad de esa pregunta.

—Te equivocaste de número, idiota —dijo Jamie y cortó la llamada.

El teléfono volvió a sonar y la mujer pidió que alguien más contestara. Logan me dio un empujoncito para que participara y levanté el auricular. No pude decir nada.

—¿Me insultas y ahora no hablas? —preguntó en tono burlón.

—Yo... —Miré a mis acompañantes. Todos sonrieron, animándome a continuar con el teatro—. ¿Quién eres?

—¿Quién eres tú?

—Na... Nadie.

—No seas tímida. Dime tu nombre.

Las manos me empezaron a sudar.

—¿Por qué quieres saber mi nombre?

—Porque quiero saber a quién estoy mirando.

Un grito estalló a nuestra espalda y chillé a la vez que lo hicieron los demás. El auricular cayó de mi mano y regresé con Jamie que volvía a reír con nerviosismo. No entendía por qué era divertido estar ahí.

Caminé hacia atrás cuando el estridente sonido del teléfono volvió a llamar la atención. Max fue quien contestó.

—¿Me estás mirando, pervertido? —preguntó.

—Sí. ¿Eso te gusta?

Las palabras me resultaron familiares.

—No mucho —dijo Max y sus ojos se clavaron en mí—, pero puedo soportarlo.

—¿Preferirías que alguien más te mirara? —preguntó la voz que se tornó amenazante—. ¿Una novia? ¿Un novio?

—Quizás.

—¿Por qué no enciendes las luces del patio?

Todos giraron en mi dirección y una luz apareció a mi espalda. Al otro lado de una vitrina, se encontraba un hombre atado a una silla, con la cabeza cubierta. Pedía ayuda y se retorecía.

La herida en su abdomen se abrió. Brotó sangre y órganos que terminaron en el suelo. Otro chillido de terror vino de los altavoces. Al retroceder, me caí de espaldas y aproveché para arrastrarme hacia la salida.

La escena de una muerte sangrienta, aunque falsa, no me parecía divertida. Estaba temblando, y cuando me toqué la cara, sentí las mejillas húmedas.

Otra vez chillaba el teléfono y Jamie me llamaba. Más amenazas salieron de los altavoces. No pensaba quedarme solo por complacer a otros. Necesitaba aire desesperadamente y, al dejar el pabellón, tropecé en la escalera y me fui de bruces.

Un par de enmascarados se interpusieron en mi camino para asustarme mientras me alejaba. Corrí sin saber a dónde iba hasta que choqué contra

alguien.

—¿Estás perdida, niña?

El hombre de barba gris se interpuso en mi camino cuando traté de evadirlo.

—¿No quieres ayuda?

Se acercó y el olor a alcohol me hizo arrugar la nariz.

—Puedo llevarte a donde quieras.

—No... No, gracias, yo...

—Pasemos un buen rato juntos.

—Por favor, quítese.

No había parado de caminar hacia mí y yo de retroceder. Estábamos cerca de uno de los callejones estrechos del pueblo. La neblina nos ocultaba más y más.

—No te haré daño —dijo con voz pastosa y me tomó del brazo—. Mis amigos y yo estábamos buscando a una chica como tú.

Supliqué que me soltara.

—Deja de resistirte. —Me llevó hacia las sombras—. Quiero tratarte bien, no me obligues a cambiar de idea.

Grité por ayuda, pero estábamos lejos, entre paredes marcadas con rasguños y sangre falsa. Aquel hombre me iba a...

Alguien emergió de las sombras, pasó por nuestro lado y se interpuso. Agarró al borracho del cuello de la camisa y lo alzó hasta ponerlo a la altura de su rostro.

—Suéltala o pierdes las manos.

La escasa luz de una farola lejana iluminó la máscara del verdugo.

—¿¡Qué coño haces!? Ella me dijo que fuéramos juntos, que...

El enmascarado lo tiró al suelo para que se callara. Su figura era imponente y el borracho se veía como una cucaracha a sus pies.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó con voz glacial.

—Ella me dijo que la pasáramos bien —lloriqueó—. Yo...

El verdugo plantó el pie sobre el pecho del hombre. Giró la cabeza hacia mí y retrocedí hasta que mi espalda golpeó la pared.

—¿Querías ir con él, Mariposa?

Negué repetidas veces y valoré la opción de correr. El borracho fue más rápido y lo intentó, pero el verdugo lo tomó del cuello.

—Desaparece antes de que te corte la garganta.

Lo pateó y el hombre se alejó a trompicones fuera del callejón. Me encontré observando la máscara metálica y aquellos ojos cubiertos por las sombras que no dejaban identificar su color.

—Este lugar no es para ti, te dije que huyeras. —Su voz fue suave y delicada, ni rastro del tono empleado con mi agresor—. ¿Te quedaste porque te gusta el peligro o solo por desobedecerme?

—Si dependiera de mí, ya me habría ido.

—¿Te acompaño a la salida?

Alcé la barbilla para sostenerle la mirada.

—No necesito tu ayuda.

—Eso no parecía hace un momento.

Estaba entre la pared y su enorme cuerpo.

—Quítate la máscara, Logan. No es gracioso.

—¿Te gustaría que fuera Logan?

—Entonces, ¿quién eres?

—¿Quién quieres que sea? —Acarició mi brazo por encima de la camisa de manga larga—. ¿A dónde van tus fantasías cuando estás a solas?

—Sus dedos rozaron mi mejilla—. Puedo convertirme en el más oscuro de tus deseos.

Un hormigueo me recorrió el cuerpo.

—Yo no tengo fantasías, ni dejo que un desconocido me toque.

Aparté su mano.

—No pensabas lo mismo en El palacio de los espejos. Cuando tomaste mi mano y...

—¡Cállate! —Me ardió la cara de vergüenza.

—Uy, la chica buena acaba de gritarme. La más valiente en la oscuridad.

—Quizás no es la oscuridad y es que me hace enojar que una persona quiera asustarme y jugar con mi mente.

—Te ves linda enojada.

La sangre me hervía alrededor de aquel desconocido, una sensación asfixiante. No estaba acostumbrada al enojo o la frustración.

—No eres más que un payaso, seas quien seas.

—Y, sin embargo, sigues aquí. No te estoy obligando a hablarme, no te voy a detener si te vas, pero no te has ido. ¿Te gusta mi presencia?

—Estás delirando —mascullé mientras caminaba de vuelta a la calle principal.

—Es increíble lo manipulable que eres para el resto y lo dura que te comportas conmigo, Mariposa. Eso me gusta.

—¡No quiero volver a verte! —grité por encima de mi hombro—. Con máscara o sin ella.

—Es un trato. No volveré a buscarte.

Me detuve. Seguía de pie entre la niebla, era una imagen digna de la peor de mis pesadillas.

—Serás tú la que me busque esta vez.

—Ni en tus sueños.

Soltó una carcajada.

—Si cambias de idea, estaré en El hospital abandonado.

Desapareció y el callejón quedó vacío. Corrí para volver a una parte transitada del pueblo. La gente seguía yendo de un lado al otro, divirtiéndose, ignorantes de que habían estado a punto de lastimarme entre las sombras.

—¡Marianne!

Giré al escuchar a Jamie gritar mi nombre. Estaba una calle más arriba, agitando los brazos por encima de la cabeza. Max fue el primero en alcanzarme.

—¿Qué te pasó?

La manga de mi camisa estaba rasgada y mi falda manchada de tierra y fango rojizo. No se me ocurrió una justificación y cualquier idea coherente desapareció cuando vi lo que Max llevaba en la mano: la máscara del verdugo.

—¿Por qué tienes esa...?

—¡Oh, lo siento mucho! —interrumpió Jamie—. Salí corriendo detrás de ti, pero no te encontraba y... ¿Qué le pasó a tu ropa?

No podía ser, era imposible que fuera Max. Notó que mis ojos estaban sobre la máscara y la escondió a su espalda.

—Creo que necesitas cambiarte. —El chico miró alrededor como si nada extraño estuviera pasando—. Venden ropa en algunos puestos. ¿Quieres algo en específico?

Me sorprendió que fuera tan considerado, pero el desconocido también me había ayudado, dos veces.

—Nada oscuro o rojo, ni que muestre las piernas o los brazos y... debería ser una falda larga —murmuré y aparté mis pensamientos de la máscara y la persona detrás de ella.

Max me dio una sonrisa y se fue calle abajo.

—Le gustas —dijo Jamie y limpió mi mejilla manchada de barro—. No es así con nadie.

«¿Y si es Max y no Logan?».

Pensé que él era distinto a su primo. No tenía sentido que quisiera asustarme de esa manera. Razonar se hacía cada vez más difícil.

Jamie me llevó al baño, otro de esos mixtos que me ponían incómoda. Se dio cuenta de que la parte de atrás de mi pelo estaba sucia y me ayudó a lavar solo un pedazo.

—Quédate aquí, traeré la ropa limpia —dijo mientras yo usaba el secador de manos en mi pelo—. También buscaré a Logan que quién sabe dónde se habrá metido.

Salió del baño y abandoné el secador. Me daba vergüenza la manera en que me miraban las personas en la fila para secarse las manos. Además, mi estado era deplorable.

Mi pelo castaño, que llegaba hasta las caderas, mantenía las ondas de la trenza. Traté de acomodarlo, pero Jamie se había llevado mi goma de pelo.

Me escondí en uno de los cubículos para evitar las miradas y me quité la camisa rota y sucia. Esperé por más de cinco minutos y el ruido del baño se fue apagando.

Cuando decidí salir, me topé con alguien. Unas manos atraparon mi cintura para ayudarme a recuperar el equilibrio. Mi pecho quedó pegado al suyo y se me escapó un jadeo.

—Tú —dijo con voz grave y escrutó mi rostro.

Reconocí el pelo negro y me quedé sorprendida por el gris de sus ojos. Era el chico que había visto al entrar al pueblo fantasma: Asher King, el supuesto expulsado de Kencott River.

Me alejé de él.

—Yo... ¿Yo qué?

Entornó la mirada.

—Mantienes el tono sumiso de las mujeres en la comunidad. Estaba deseando que nos viéramos las caras, pero no pensé que fuera tan pronto.

—¿Por qué querías verme?

—Curiosidad. Para saber cómo saliste de ese infierno. ¿Escapaste sola o con tu familia?

—No escapé. Mis padres y nuestro líder aprobaron que viniera a estudiar a la universidad.

—¿Cómo lo lograste?

—Obteniendo buenas calificaciones y solicitando el permiso. —Y rogando por meses hasta perder la esperanza de que sucediera—. No fue difícil, sabían que lo merecía.

—Entonces, sigues siendo devota al Señor de la luz.

—Como debería ser cualquier persona nacida en Kencott River.

Sonrió con satisfacción.

—Sabes que vengo de ahí. Me hace feliz que estés tan interesada en mí como yo en ti.

—La información me llegó por casualidad. Sé que abandonaste nuestras creencias y ahora hablas de ello como si fuera una cárcel cuando no lo es.

—Y por eso tuviste que pedir un permiso para salir, porque no es una cárcel.

—Tenemos reglas y le debemos respeto a nuestras costumbres. No sé qué habrás vivido, pero es evidente que caíste en el camino incorrecto y decidiste transitarlo sin pensar en los valores que nuestro Señor inculca.

—*Tu* Señor —especificó—. Me resulta curioso que mi camino sea el incorrecto y que estés flotando tan cerca, ¿no crees? Pecando y avergonzando a tu comunidad, traicionando tus creencias con...

Le dio una fugaz inspección a mi ropa.

—Te agradecería que no insultes mi devoción hacia el Señor de la luz y mi...

—Son más de las diez de la noche. Estás en la calle, en un parque de atracciones con dos hombres y en la celebración de una fiesta pagana.

»Has estado haciendo cosas nada adecuadas para una chica buena. No solo tienes la ropa sucia y rota, además, estás exponiendo tus brazos, tu falda está rasgada y ¿sabes qué? Te he visto un tobillo, Mary.

Arreglé mi falda. Se estaba burlando de mí, pero no quería que viera nada de mi cuerpo.

—Mi nombre es Marianne y pocas personas me dicen Mary. ¿Por qué me llamas así?

—Ya te dije, soy curioso y me gusta investigar a fondo la vida de ciertas personas.

—Asher, mueve el culo, vamos tarde —dijo una mujer desde la puerta del baño. Su piel canela contrastaba con los ojos verdes—. Y toma tu juguete antes de que Violet lo tire en el primer basurero que vea.

Le dio una máscara metálica que había visto varias veces esa noche y el corazón me empezó a golpear en los oídos. Asher me dedicó una sonrisa.

—¿Te gusta? —preguntó y mostró la máscara del verdugo—. Es aterradora, ¿o no?

—Vámonos, Asher —exigió la mujer e iba a decir algo más, pero sus ojos se quedaron fijos en mi pecho, de donde colgaba el pendiente con el símbolo de mi religión: un rombo de puntas torcidas—. ¿Qué haces con ella?

—Divertirme.

—No me hace gracia. Sal del baño y no la vuelvas a molestar.

Asher se fue caminando de espaldas, sin dejar de mirarme.

—¿Sabes qué más no va con Kencott River y sus costumbres? Tu pelo... Es hermoso y te ves demasiado bien como para que te obliguen a recogerlo cada mañana. —Me guiñó un ojo—. No dejes que te sigan sometiendo, Marianne. No quieres ser una oveja por el resto de tu vida. La gente como tú y como yo nacimos para ser lobos.

Se detuvo antes de salir y miró por encima de su hombro.

—Te aconsejo no perder tu oportunidad de conocer El hospital abandonado. Puedo prometer que la pasarás bien.

Se fue y tuve que sostenerme de la puerta para no caer de rodillas. Era él y no Logan o Max. El enmascarado. Tenía sentido si sus ansias de corromperme y alejarme de mis creencias eran evidentes. Prácticamente se había confesado.

«Necesito salir de este parque».

—¿Asher King estaba contigo? —preguntó Max al ver que el baño estaba vacío.

—¿Y Jamie?

—Discutiendo con mi primo por desaparecer sin avisar.

Tomé la ropa que llevaba en las manos para evitar la pregunta sobre Asher.

—Disculpa —dijo en lo que yo me cambiaba dentro de un cubículo—. Es todo lo que pude encontrar. La otra opción era un disfraz de bruja y era negro, supuse que preferirías eso.

La sudadera blanca era grande y cómoda, pero la falda a juego dejaba mucho que desear. La acomodé para que quedara lo más larga posible.

—Ese chico... Asher... ¿Qué más sabes de él? —pregunté.

—Que es raro, anda con gente mucho mayor y no es una buena idea querer algo con él, a pesar de que... Ya viste cómo luce, es normal que quieras acercarte.

—¿Cómo luce?

—Es guapo.

No tenía idea de cómo se calificaba a alguien por su atractivo. Jamás me había sentido atraída hacia otra persona. Resultaba...

La imagen de la máscara metálica del verdugo con su voz áspera vino a mi mente y se me erizó la piel de los brazos. La calidez de su cuerpo, la manera en que su mano había apretado mi cadera cuando yo misma, y sin notarlo, la había llevado ahí, deseando que me tocara.

Desterré los pensamientos.

La primera vez que había visto la máscara fue en el callejón que conducía a El palacio de los espejos, cuando Logan y Max estaban a mi espalda. Solo una persona podía haberla tenido puesta cada vez que nos habíamos encontrado: Asher King.

Al salir del baño, vi no a uno, sino a tres hombres de negro usando la misma máscara y asustando a las personas que caminaban por la calle principal.

—¿Cuántas de esas máscaras hay aquí? —murmuré.

Max me miró de reojo. Se había colgado la suya al cuello.

—¿Por qué preguntas?

—Por... —Me falló la voz—. Curiosidad.

—Más de las que podrías contar. Están muy de moda, son similares a la de Mick Thomson, el guitarrista principal de Slipknot.

Eso quería decir que la primera aparición del verdugo podía haber sido parte del espectáculo siniestro del parque. Pero estaba segura de que el hombre en El palacio de los espejos y el que me había liberado del borracho en el callejón eran la misma persona.

¿Quieres que sea Logan?

No lo había afirmado o negado.

—¿Por qué se demoran tanto? —reclamó Logan cuando salimos del baño—. Vámonos antes de que se haga demasiado tarde. La función está por comenzar y no quiero esperar otra media hora para...

—No. Ustedes nos van a acompañar a la salida. —Jamie se veía enojada y me miró—. ¿Quieres que regresemos?

Asentí. Asher tenía razón, estaba rompiendo todas las reglas en una misma noche. Mis padres estarían avergonzados.

—No sean aburridas —protestó Logan.

—La pasaremos bien —secundó su primo.

—No quieren perderse esto, créanme.

—La feria está pensada para...

Me perdí la conversación de los chicos tratando de convencernos, buscando en sus voces algo que me indicara cuál era el verdugo. Logan, Max y Asher tenían un tono similar, nada memorable o distintivo. Además, el desconocido modulaba su voz y cuidaba sus palabras, no quería ser descubierto.

—Basta. Nos vamos —declaró Jamie—. Si ustedes no nos acompañan, regresamos solas.

—Es El hospital abandonado —protestó Logan y se ganó toda mi atención—. Media hora dentro, sin guía. Es la experiencia de terror más real del país.

—¿Hospital abandonado? —Los tres me miraron—. ¿Qué hay ahí?

Logan sonrió.

—Este no es un lugar cualquiera. No todo fue creado para el entretenimiento terrorífico de Halloween. —Miró a su alrededor—. ¿No has notado que aquí hay casas? Este pueblo fue abandonado por una razón.

—Basta, Logan —advirtió Jamie.

Caminó hacia mí.

—Fue un hospital psiquiátrico real y las casas a su alrededor era donde vivían los trabajadores. Pero una noche, misteriosamente, las puertas de los dormitorios se abrieron. Dicen que los pacientes eran maltratados y ansiaban venganza.

—Cerraron todas las salidas, acorralaron a los doctores y a los guardias, y le prendieron fuego —agregó Max—. Ardieron vivos, todos... Dicen que ahí dentro todavía se escuchan los gritos y persiste el olor a carne quemada.

Los dos se habían parado frente a mí. Tenían la misma estatura, similar a la de Asher, y una sudadera oscura. Detrás de una máscara solo los diferenciaría su color de pelo, pero el verdugo siempre había tenido la capucha arriba.

—Ya me aburrí de los cuentos de terror —dijo Jamie y me tomó de la mano.

Esa vez no me dejé arrastrar. Era una idea terrible, pero no pude controlarlo, las palabras salieron de mi boca:

—Creo que quiero conocer ese lugar.



PARTE CUATRO

El hospital abandonado

No sabía si necesitaba descubrir quién estaba detrás de la máscara o si ansiaba volver a verlo.

«Es para demostrarle que no puede jugar conmigo».

Si me dejaba aplastar, no sería capaz de levantarme con orgullo cada mañana y, a pesar de que fuera un sentimiento que me habían enseñado a rechazar, yo solo lo había ocultado. Me confesaba seguido para expiar mi pecado, pero...

«La próxima vez que me confiese tendré que contar todo lo que ha pasado esta noche».

No podía hacerlo. Tendría que mentir.

Cuando nos detuvimos en la fila, mi determinación falló.

El hospital abandonado no era como las otras atracciones. La verja de la entrada estaba oxidada, con enredaderas secas y un cartel deteriorado que colgaba en el arco de la entrada. Manchas negras cubrían la fachada, producto del fuego que se había escapado por las ventanas durante el incendio.

—¿Te estás preguntando si mentimos con la historia del hospital? —preguntó Max que iba detrás de mí.

—¿Mintieron?

—Diga lo que diga no me vas a creer, ¿o sí?

La respuesta era no, pero me mantuve impasible.

—Lo que importa es que viniste. —Sonrió—. Me alegra que cambiaras de idea y no hayamos tenido que buscarte.

Serás tú la que me busque esta vez.

—¿Buscarme? ¿Por qué usas esa palabra?

—Cuando se arrepintieran de haberse ido a mitad de camino a la salida —explicó—. Solo necesitabas un poco de persuasión para traerte aquí. Por suerte, es fácil hacerte cambiar de opinión.

Es increíble lo manipulable que eres para el resto y lo dura que eres conmigo, Mariposa. Eso me gusta.

«Mariposa».

Cerré los ojos con fuerza y aparté el recuerdo de su aliento sobre mi piel.

El enmascarado tenía razón, pero no esa vez. Yo había escogido ir a El hospital abandonado.

Sentí la mirada de alguien sobre mí y localicé a Asher al principio de la fila. Me guiñó un ojo antes de entrar cuando anunciaron la siguiente función.

Dejaban pasar a un grupo de veinte personas por media hora o el tiempo que demoraras en escapar. Debía ser el objetivo de la experiencia, pero Max dejó claro que lo entretenido consistía en “recorrer el hospital y no cagarte en los pantalones”.

—Mantengan los ojos muy abiertos —dijo Logan antes de colocarse la máscara y subir su capucha—. El peligro está en todos lados.

—Lo siento, chicas, pero no vamos a protegerlas —añadió Max e hizo lo mismo.

La piel se me puso de gallina al ver que no había diferencia entre uno y otro con las máscaras puestas.

—Dijiste que nos mantendríamos juntos —le reclamó Jamie a su novio.

—Mentí, cariño. Juntos no es divertido, pero quizás nos encontramos en algún lugar. —La máscara se giró hacia mí—. Eso también va para ti, *Mary*.

Logan se dirigió al primer pasillo a la derecha y Max en dirección contraria.

Quedamos en la recepción desolada. Todos se habían dispersado y Jamie me tomó de la mano con fuerza.

—Esto sí me da miedo —confesó.

Las paredes se alzaban a nuestro alrededor, manchadas de negro. Sillas rotas y viejas, algunas quemadas, se apilaban a la derecha y bloqueaban un pasillo. Al piso de mármol se adhería una gruesa capa de suciedad.

—No quiero estar aquí —murmuró—. Solo dije que entraría para no quedar como una miedosa.

—Pensé que te gustaba.

—Hay límites. —Sus ojos me dejaron saber que estaba aterrada—. Salgamos de aquí, por favor.

—Busquemos la puerta trasera. Todos los hospitales tienen una, también salidas de emergencia.

Jamie aceptó y avanzamos por el pasillo. Las puertas se intercalaban a ambos lados, algunas abiertas. En uno de los cuartos me pareció ver algo en el suelo y escogí ignorar que parecía un cadáver.

El silencio era inquietante y la única luz era la que se escurría entre las tablas que sellaban ventanas.

Doblamos una esquina y, finalmente, encontramos el comedor al final del pasillo. Me apresuré con la mente fija en las cocinas, pero cuando pasamos por una de las habitaciones de pacientes con la puerta cerrada, algo estalló en el interior y las dos chillamos.

A nuestra espalda se oyeron golpes y arañazos. Jamie se aferró a mí cuando desde todas las habitaciones explotaron los mismos sonidos: llamados de ayuda. Un humo gris empezó a escaparse por debajo de las puertas.

Escuché pasos y arrastré a Jamie hacia el comedor. Estaba a un metro del arco de la entrada cuando una figura se interpuso y profirió un grito desgarrador. Caí de espaldas y me arrastré para poner distancia entre el rostro quemado y lleno de pústulas de...

—No es real —dijo Jamie con voz temblorosa—. Son mecánicos. Deben estar por todos lados.

Si lo mirabas con detenimiento se notaba que era un falso paciente, pero el miedo me había dejado paralizada.

—¡No huyan o esto será peor! —gritó una voz masculina.

Me puse de pie con ayuda de Jamie.

—Logan y Max no nos asustarían así —dijo cuando sorteamos las mesas del comedor.

—Pero ellos no son los únicos que están aquí dentro.

Entramos en las cocinas, repleta de cuerpos inanimados en el suelo. Las paredes ennegrecidas por el humo y el hollín dejaban claro que el fuego se había originado allí. Apenas podía respirar por el olor a gas.

Llevé a Jamie al fondo de la cocina, más allá de la antigua zona de refrigeración, donde el hedor a comida podrida me revolvió el estómago y dimos con lo que tanto buscaba. Sin embargo, una reja dividía el pasillo e impedía llegar a la salida trasera.

—¿Y ahora?

Mi cerebro procesó las posibilidades. Era un juego, y tenía que estar pensado para que hubiera soluciones.

—Revisa los cuerpos. —Miré alrededor—. Los que tengan uniforme de encargados de seguridad del hospital.

—Pero dan asco...

—No son reales y alguno debe tener una llave.

Los cadáveres falsos eran de distintos materiales. Olían asqueroso, algunos cubiertos por un líquido verde y viscoso.

—¡Las encontré! —dijo Jamie.

Se escucharon gritos provenientes de la cocina. Jamie estaba tan nerviosa que dejó caer las llaves y tuve que quitárselas. Había algo en su nerviosismo que me hacía tomar el control de la situación. Al tercer intento, la reja se abrió.

Jamie pateó la puerta de salida e iba a seguirla cuando una mano se cerró alrededor de mi tobillo. Me sostuve de la reja que volvió a cerrarse. Alguien me arrastraba hacia atrás, un hombre disfrazado de paciente.

Intenté zafarme, pero caí al piso y el hombre encima de mí. Batallé con el cuchillo que apuntaba a mi cuello y pateé su entrepierna. Me soltó, pero había perdido las llaves.

Me vi obligada a regresar al comedor. Encontré refugio bajo una mesa antes de que tres chicas pasaran corriendo, perseguidas por una mujer con una navaja en la mano.

El humo en los pasillos entorpecía la visión. Me encontraba en el salón de la entrada y sin opciones para escapar, así que subí la escalera. Busqué dónde esconderme de otras personas que huían entre chillidos y fui en dirección contraria para evitar lo que los había asustado.

Entré a lo que debía ser un consultorio médico con un escritorio volcado, un biombo rasgado y dos puertas. Quizás alguna podía comunicarse con otra habitación o con un espacio en el que esconderme.

Al pasar el biombo vi la camilla y de ella se levantó un cadáver mecánico. Mi grito fue ahogado por una mano que cubrió mi boca.

—Si haces demasiado ruido, sabrán que estamos aquí —murmuró una voz grave.

Sentí el frío de la máscara metálica en mi cuello y exhalé un suspiro cuando el calor me envolvió al caer entre sus brazos.

—Parece que alguien me extrañó.

Su risa ronca me puso el pelo de punta.

—Suéltame.

—¿Segura? —Sus dedos delinearon mis labios y me tomaron de la barbilla—. Si quieres que te suelte, ¿por qué viniste aquí, Mariposa?

—Para descubrir quién eres.

Se acercó demasiado a mi rostro y la sangre corrió a toda velocidad por mi cuerpo.

—¿Lo dices para convencerte a ti misma?

—Quítate la máscara.

—No sin algo a cambio.

—Logan, Max o Asher. ¿Quién eres?

—¿Cuál de ellos quieres que sea?

—No me importa. Solo quiero detener este juego y que me dejes en paz.

Acarició mi mejilla y su aliento cayó sobre mi rostro.

—Podemos hacer un trato. Yo me quito la máscara y tú me das algo a cambio.

—¿Y eso sería?

—Tú. Mía. Toda la noche.

—¿Tuya?

—Quiero besarte, Mariposa. Tocarte, arrancarte la ropa y escucharte gemir. Quiero abrir tus piernas y follarte hasta que...

—¡Cállate! —La vergüenza me carcomía—. No hago tratos con desconocidos.

—Bésame. —Un cosquilleo bajó a mi vientre—. Yo me quito la máscara y tú me dejas besarte.

No entendía por qué demoraba tanto en negarme y escapar. Mi cerebro solo podía imaginar cómo se sentirían los labios de otra persona sobre los míos.

—¿Quieres que sea fácil o prefieres jugar? ¿Fingimos que te robo un beso? ¿Quieres que te cace y te atrape, Mariposa? —Tragué con dificultad—. Estás sonrosada. ¿Te excita el miedo?

El miedo puede ser entretenido. Liberas adrenalina y tu corazón se acelera. Te sorprenderá descubrir lo mucho que se parece a estar excitada.

Si eso era estar excitada, se sentía bien y quería más, sin importar lo incorrecto que fuera desearlo.

Cerró la mano en mi cuello como si le perteneciera.

—¿Jugamos a que me quito la máscara y te fuerzo a besarme? —Se me escapó un jadeo—. ¿Quieres hacerlo en la oscuridad? ¿Quieres imaginar que no eres tú y soy yo quien toma las decisiones? —Apretó mi cuello—. ¿Crees que así la culpa no se sentirá igual después de que todo pase? ¿O solo es porque te excita el miedo a ser tomada cuando menos lo esperas?

—No lo sé.

Lo único que sabía era que deseaba lo que me estaba proponiendo.

—Eso no me vale, Mariposa, no me estás dando permiso.

Mi cuerpo se sintió helado cuando me soltó.

—Acepto. —Era consciente del pecado que cometería—. Tú te quitas la máscara y yo te dejo besarme.

—¿Segura?

—Pero hazlo sin que yo te diga que lo hagas. Quiero que me lo ordenes.

—Si imaginas que te someto, ¿mantienes la conciencia limpia? —se burló.

Estaba yendo por un camino peligroso y me gustaba.

—Sí.

—Veamos cuán lejos estás dispuesta a llegar.

Se me escapó un jadeo cuando se lanzó sobre mí. Mi espalda chocó contra una puerta y entramos en una habitación diminuta y oscura, sin ventanas.

—La próxima vez que hagamos un trato, vas a tener que ser muy específica.

Tomó mi mano y la llevó a su cara. El metal de la máscara dejó su rostro y acaricié su mejilla. No veía nada.

—Jugaste conmigo.

—Un trato es un trato —dijo con diversión—. Dame mi pago.

Quedé acorralada contra una pared y atrapó mis labios con los suyos. Sabía a menta. El desconocido me tomó la cara y hundió los dedos con fuerza en mi piel.

—Dije que me besaras —masculló, amenazante.

Sus palabras dispararon una vorágine de sensaciones por mi cuerpo. Cuando sus labios volvieron a los míos me puse de puntillas y pasé los brazos por encima de sus hombros. Traté de responder a la violencia con que me besaba, y se le escapó un gruñido bajo y grave.

—Eso, Mariposa, dame lo que quiero.

Mordió mi labio y chillé por el placer mezclado con dolor.

—Me siento tentado a ordenarte a que me vuelvas a besar —murmuró sobre mis labios.

—¿Por qué?

—Sabes delicioso y pareces asustada, pero deseando más, y eso me excita y me dan ganas de probar cada parte de ti.

Sus manos se posaron en mis caderas y se metieron bajo mi sudadera hasta llegar a mi cintura. Me sentí poseída y vulnerable. El punto entre mis piernas palpitó cuando el desconocido dejó suaves besos por mi mandíbula y mi cuello.

Alcé la cabeza para darle vía libre. Su risa contra mi piel me robó más gemidos.

—Si sueñas así con tan poco, no quiero imaginar lo que pasaría si mi boca toca otros lugares.

Su mano se deslizó por mi pierna, era áspera y enorme. Me tomó por detrás de la rodilla y la alzó. Me pegó más a la pared para que mantuviera el equilibrio.

—Pídeme que me detenga, Mariposa.

Volvió a besarme y pude seguirle el ritmo.

—¿Detener qué?

—No seré delicado. Voy a romper tu ropa interior y te voy a dar placer.

—Se pegó a mí y sentí algo duro contra mi entrepierna—. ¿Te has tocado ahí abajo?

—Nunca.

—Lo haré y te va a gustar. —Balanceó sus caderas hacia mí—. Vas a temblar y sudar y gemir. Vas a gritar y cuando menos lo esperes será mi boca la que esté entre tus piernas, mis dedos en tu interior y... —Sentí su sonrisa sobre mi mejilla—. Lo que suceda cuando esté haciendo eso me lo contarás tú.

Mi vientre se contrajo y la piel se me erizó.

—Está mal que no quiera que te detengas.

—Música para mis oídos, Mariposa. Dime más.

Rasgó el encaje de mi ropa interior.

—No sé quién eres y estoy dejando que me toques.

—¿Te estoy corrompiendo?

—Estás ensuciando mi cuerpo.

Sus dedos masajearon mi centro.

—Me estás dejando tomar parte de ti —murmuró en mi oído—. ¿Cómo seguirás con tu vida cuando salgas a la luz del día?

—No lo sé —lloriqueé, no por la realidad que me planteaba, sino por el ritmo que tomaban sus dedos y cómo se contraía cada músculo de mi cuerpo.

—¿Te gusta la oscuridad para fingir que sigues siendo una chica buena?

—Sí —gemí.

—Te gustaría ser solo mía, pero que nadie lo sepa.

—Sí, por favor, sí.

El cosquilleo en mi entrepierna se sentía cada vez más intenso y me volvió a palpar ese punto cuando el desconocido dejó de tocarme.

Bajó lentamente por mi abdomen. Su pelo me hizo cosquillas en el vientre y su boca tomó el lugar de su mano. Me sostuve de la pared. Su lengua no hacía la misma presión que sus dedos, pero el roce era electrificante, una tortura lenta.

Gemí, olvidando la vergüenza, pedí más y sus dedos volvieron a tocarme, en otra parte, una que se sentía hinchada y húmeda. Sabía lo que iba a hacer.

Una vez había visto un libro de anatomía y reproducción. Entendía qué pasaba entre un hombre y una mujer a puertas cerradas, pero había jurado que solo sucedería después de casarme.

—Estás tan mojada que me dan ganas de saltarme un par de pasos, Mariposa.

Se levantó y volvió a besarme.

—Voy a controlarme esta vez —murmuró mientras sus dedos acariciaban ese punto entre mis piernas—. No voy a abrirte de piernas y follarte aquí mismo porque te asustarás, pero me lo pones muy difícil cuando gimes de esa manera.

Frotó la palma contra mi entrepierna, tan rápido y constante que chillé. Todo lo que había sentido hasta ese momento se intensificó, me subió a la cabeza y estuvo a punto de explotar, pero lo detuve por miedo.

—Tan relajada para mí —gruñó y mordió mi labio—. ¿Sientes mis dedos?

Entraban y salían de mí.

Era mi castidad lo que estaba entregando, eso me habían enseñado. Sin embargo, el libro que había leído no lo trataba como una ofrenda para mi futuro esposo, sino como algo común. Así me sentí en ese momento:

experimentando algo normal, la reacción de mi cuerpo ante un estímulo deseado.

—No pares —supliqué.

—No lo haré hasta que te corras, así que deja de controlarte.

Usó otro dedo para tocar mi centro, en lo que seguía penetrándome.

—Déjate ir, Mariposa —exigió—. Quiero ver cómo te corres alrededor de mis dedos.

Y aterrada por lo que bullía en mi interior, obedecí. El cosquilleo que iba y venía en mi vientre ascendió hasta dejarme suspendida en la nada. Era lo más agradable que había experimentado en mi vida y cuando bajó en picada me deshice.

Arqueeé la espalda y mi mente se nubló. Pensé que me iría al suelo, pero él me sostuvo, me besó y me trajo a la realidad.

—Hermosa —susurró entre un beso y otro—. Demasiado... Ahora tengo ganas de perseguirte y arrancarte la ropa cada vez que te encuentre.

Y yo quería sentirme así por el resto de mi existencia.

—¿Te gusta la idea? —susurró—. Te gustaría tenerme al acecho desde las sombras.

—Eso es una locura —logré decir, agitada.

—Soy un hombre de compromisos a largo plazo, Mariposa. Llevo mucho tiempo esperándote.

—Estás loco. Ni siquiera sé quién eres.

Dio una palmada contra mi entrepierna y la oleada de sensaciones se movió por mi cuerpo. Terminé gimiendo y balanceando las caderas en busca del alivio.

—Quedó claro que no te importa quién sea con tal de tenerme —se burló.

Otro tipo de calor me subió a la cara: vergüenza mezclada con rabia.

—Eres tú quien me persigue —repliqué—. Eres tú quien quiere tenerme.

—No lo he negado.

—Cedí a lo que me pedías para saber quién eras y me engañaste con un juego de palabras —le reproché—. Jugaste conmigo, te aprovechaste de...

Se acercó a mi oído y me estremecí.

—Mariposa mentirosa.

Le di un puñetazo en el pecho y me sorprendí, no solo por la fuerza con que lo hice, sino la frustración que cargaba el golpe. Me enojaba mentir y

que lo notara, haberme entregado a los deseos carnales con tanta facilidad y peor... haberlo disfrutado.

—Desaparece de mi vida. No quiero...

Las alarmas del hospital se dispararon y recordé dónde nos encontrábamos. La función llegaba a su fin.

Me tomó de la mano y me arrastró fuera de la habitación. Se había puesto la máscara, con la capucha hacia arriba.

—Lo volveré a dejar a tu elección —dijo—. No regreses caminando, sube a El tren del terror. Estaré esperándote.

—No pasará.

—Si no vas, lo entenderé, pero si lo haces, te haré mía en todos los sentidos. Tú escoges.

Me dejó sola y sin poder moverme, procesando lo que había ocurrido. De no ser porque los miembros del equipo de trabajo de El hospital abandonado aparecieron para cerciorarse de que el edificio se encontraba vacío y así dar inicio a la siguiente función, me habría quedado allí por mucho tiempo.

Me acompañaron a la puerta trasera donde estaban Max y Logan. Jamie corrió a abrazarme.

—¿Por qué no me lanzaste la llave para abrir la reja? —protestó—. No pude volver a entrar para ayudarte.

—¡Basta ya! —protestó Logan—. Lo dices como si fuera real.

Jamie miró a su novio con rabia.

—Todo esto es tu culpa.

—Tú aceptaste venir —rebatí Logan y mis ojos se fueron a la máscara en su mano.

—¡Porque prometiste quedarte a mi lado! —rebatí ella.

—Tranquila, Jamie, es solo un juego. Yo también me asusté la primera vez y tú saliste en menos de cinco minutos —intervino Max que se mantenía de brazos cruzados con la máscara colgando del cuello—. Debe ser alguna especie de récord y se lo debes a Marianne.

—¿Y si le pasaba algo a ella?

—La veo sana y salva —se burló Logan.

—Ella es inteligente. De seguro se escondió en algún armario oscuro y sobrevivió. —Max hizo una burbuja con su goma de mascar y me miró—. ¿Dónde estuviste, Marianne?

Los tres me miraron. Mis piernas temblaban, no llevaba ropa interior y sentía la humedad entre mis muslos. Estaba asustada por lo que había sucedido y... excitada, esa era la palabra.

—Me escondí bajo una mesa del comedor —mentí—. Esperé hasta que terminó la media hora.

Logan me dio una sonrisa ladina.

«Es uno de ellos, pero ¿cuál?».

Max y Logan habían tenido tiempo de dejarme sola en el consultorio y salir. Asher King no estaba a la vista, seguía siendo un sospechoso.

—Quiero irme y no acepto negociación —dijo Jamie.

—Perfecto, tomaremos...

—No, iremos caminando hacia la salida. Nada de más paseos temáticos y de miedo —le interrumpió su novia.

—Yo quiero ir en el tren, es divertido —dijo Max—. Exijo que votemos.

—Caminando —repitió Jamie.

—El tren del terror. ¿Tú qué dices, primo?

Mis alarmas se dispararon con las palabras de Max.

—Me abstengo —declaró Logan—. No quiero perder a mi novia y prefiero que sea Mary quien tenga la última palabra.

Podía escoger y, una vez más, lo haría mal.



PARTE CINCO

El tren del terror

—No tiene nada terrorífico, lo juro —le dijo Logan a Jamie.

—Y por eso tiene ese nombre.

—Es solo un homenaje a la película de 1980. Nadie saldrá corriendo detrás de ti para asesinarte —bromeó Max.

—Encontrarás un par de cosas de miedo, pero nada te saltará encima. Lo prometo.

Alguien me chocó al pasar. Asher King miró por encima de su hombro y nuestros ojos coincidieron antes de que desapareciera entre la gente que hacía la fila para subir al tren.

—¿Te dijo algo raro en el baño? —preguntó Max—. Si lo hace, dímelo. Lo denunciaré en la universidad.

Si era Asher detrás de la máscara, significaba que me había hecho cosas que no confesaría jamás.

—Solo habló mal de mi religión —mentí.

—Pues que no lo vuelva a hacer —murmuró Max—. Si te sigue molestando, con gusto le partiré la cara.

Logan y Jamie lo miraron extrañados. No conocía bien a Max, pero no se veía como alguien violento.

—Me agradas, Marianne —dijo por lo bajo—. No quiero que ese imbécil te haga daño. No te lo mereces.

Nuestros rostros quedaron a escasos centímetros.

«¿Y si había hecho todas esas cosas en la oscuridad con Max?».

Esperé que algo se despertara dentro de mí por su cercanía, pero nada sucedió. Murmuré un “gracias” y subimos a un compartimento del último vagón disponible. Cuando el tren echó a andar me percaté de que el

ambiente no tenía nada que ver con el principio de la noche cuando todo era pura emoción.

Jamie miraba por la ventana, Logan la observaba de reojo y Max no dejaba de jugar con la máscara del verdugo. Cada vez que la hacía girar en sus manos me ponía más nerviosa.

—Me aburro —dijo Max tras un largo silencio—. El viaje es corto y no me voy a pasar media hora mirándoles las caras. ¿Vienes conmigo? —me preguntó—. Deja que los enamorados arreglen sus problemas.

«Enamorados».

La idea de que Logan fuera el desconocido volvió a atormentarme. Era el novio de Jamie y no me importaba si llevaban una relación abierta... Si descubría que era él, se lo contaría a ella.

—Vamos a ver la parte delantera del tren —propuso Max al salir—. Hay un vagón con música y bebidas.

—Tengo que ir al baño.

—¿Voy contigo?

—No, estaré bien.

Contuvo la sonrisa.

—Como prefieras, pero si me necesitas..., puede que aparezca al rescate.

Se fue por el pasillo y me encaminé en dirección contraria.

El tren había sido la peor de las ideas, un impulso, algo a lo que no estaba acostumbrada. Ya no podía mentirme diciendo que lo único que me interesaba era descubrir la identidad del enmascarado.

El miedo y las ansias de reencontrarnos se revolvían en mi pecho. Antes de abrir la puerta del baño, imaginé que me tomaba desprevenida para arrastrarme a algún lugar oscuro.

Volví al compartimento con la idea de distraerme hasta que llegáramos a nuestro destino. Si me quedaba quieta, él jamás me encontraría y los errores no irían más lejos.

Logan me bloqueó el camino.

—Déjala sola un rato. Cuando Jamie se enoja es mejor darle su espacio.

—¿Estás seguro? —La pelirroja seguía mirando a través de la ventana.

—Mejor vamos a dar una vuelta tú y yo.

—Prefiero quedarme —mentí.

Logan se encogió de hombros.

—Eres un poco mentirosa, Mary, pero no importa. Quizás nos encontramos por ahí.

Esperé unos minutos hasta que Logan desapareció y me interné entre los que conversaban en el estrecho pasillo.

En el vagón siguiente había un mago en pleno espectáculo. Otro tenía compartimentos comunes, uno de ellos con un cadáver en el suelo: un sable le atravesaba el abdomen. En un baño con las paredes salpicadas de sangre vi otro cadáver con un disfraz verde en una extraña posición junto al retrete.

Max no había mentido. Nadie te asustaba en ese tren. Los “muertos” estaban ahí, tirados. Como la chica rubia con el cuello cortado, acostada en una cama, en el vagón donde los compartimentos tenían puertas oscuras.

—Te encontré —dijo una voz a mi espalda y tiró de mi mano.

Me cubrió la boca para que no gritara y, por absurdo que fuera, cuando la luz amarillenta que parpadeaba iluminó la máscara, mi cuerpo se relajó.

—Dijiste que no querías volver a verme.

Mis ojos se desviaron a su boca, cubierta por los barrotes alargados de la máscara.

—Que haya subido al tren no significa que te quiera ver.

—¿Y que deambules sola?

—Me aburría.

Sus brazos se cerraron alrededor de mi cintura.

—¿Cuántas mentiras has dicho esta noche, Mariposa? —Pegó mi espalda a la puerta y pasó el seguro para que nadie entrara al compartimento.

—Muchas, pero no es ti a quien le voy a confesar mis pecados. Suéltame.

—Suéltame de “quiero que dejes de tocarme para salir de aquí” o suéltame de “tómame del cuello, ponme de rodillas y fóllame la boca hasta correrte”.

Mi cara ardió de vergüenza.

—Podemos probar con algo más suave —sugirió— si ese “suéltame” no significa que te suelte de verdad.

Tragué con dificultad.

—¿Y si es de verdad?

Mis pies volvieron al suelo. Apoyó una mano al lado de mi cara para inclinarse y que la máscara quedara a mi altura.

—Tú haces lo que quieras hacer y yo no hago nada que tú no quieras —dijo en voz baja—. Lo único que debes decir es “sí” o “no”.

El miedo a la persona detrás de la máscara nunca había sido real, ni tan siquiera dentro de El palacio de los espejos. Él no iba a hacer nada que yo no deseara y entender que deseaba más de lo que debía era...

—Dime cuál es tu mayor miedo esta noche —solté para que los nervios no me ganaran la pelea.

Acarició mi mejilla y mi respiración tembló.

—A que descubras quién soy. ¿Y tú?

—A las ganas que tengo de quedarme aquí.

A eso y a los pecados cometidos y por cometer que jamás serían perdonados.

—Hay una forma, Mariposa. —Se enderezó y, gracias a su estatura, hizo girar el bombillo parpadeante hasta que se apagó—. En la oscuridad puedes hacer lo que quieras y fingir que no pasó.

No verlo diluyó mis dudas. Cerré los ojos y respiré profundamente. La oscuridad despertaba una parte desconocida de mí.

—Además, así puedo besarte.

Sus labios tomaron los míos, se había quitado la máscara.

—Esta vez vamos hasta el final, Mariposa —dijo, pasando de morder y besar mis labios a mi cuello.

—Vamos hasta donde quieras.

No me interesaba nada. Ni el día siguiente, ni quién se escondía detrás de la máscara.

Tanteó los bajos de mi sudadera y me la quitó. Sus manos atraparon mis pechos y pellizcó mis pezones.

Se pegó a mí y retrocedí hasta chocar contra la pared. Arquee la espalda al sentir el frío del metal y el desconocido aprovechó para tomar uno de mis pezones con la boca.

Chupó y lamió mientras estimulaba el otro con sus dedos. Cuando volvió a besarme yo apenas podía respirar. Enredó una mano en mi pelo y me sostuvo con fuerza, metió su pierna entre las mías y presionó mi centro.

—Mueve las caderas —ordenó—. Quiero que te des placer.

Mientras más me frotaba contra él, más se aceleraba mi respiración. Fui escalando la misma montaña de sensaciones. No llevar ropa interior hacía más placentero el roce contra la tela de su pantalón. Iba a estallar, a dejarme ir y...

—No tan rápido, Mariposa.

Apartó la pierna y froté las mías una contra la otra para calmar el cosquilleo, pero no fue suficiente para llevarme a lo que buscaba.

—Eres ansiosa y sensible —murmuró al besarme—. Tu boca es tan dulce que lo único que puedo pensar es en cómo se vería alrededor de mi polla.

Su mano se deslizó por mi muslo y sus dedos entraron en mí con facilidad. Me moví contra ellos para encontrar alivio.

—¿Recuerdas lo que vimos en El palacio de los espejos? Tu amiga, de rodillas, disfrutando que le follaran la boca. ¿Te gustaría eso, Mariposa?

—Sí.

—Pero estamos a oscuras —susurró en mi oído—. Quiero ver esa hermosa carita cuando me hagas una mamada. Hoy no es el día.

Tomó mis muñecas y las alzó por encima de mi cabeza. Mis manos chocaron contra algo metálico, de seguro la rejilla donde ponían el equipaje. Me ató y quedé de puntillas.

—Tranquila, pronto estarás más cómoda.

Escuché cosas cayendo al suelo, como si estuviera...

El desconocido se pegó a mí y sentí sus piernas desnudas, el calor de su pecho al rozar el mío y algo duro contra mi abdomen. Sus manos amasaron mi trasero y lo levantaron un poco para que su miembro quedara entre mis muslos.

—Aprieta las piernas, Mariposa. Quiero sentir lo mojada que estás por fuera.

Se deslizó con la humedad que corría por mis muslos. Movía las caderas y me impulsaba hacia él apretando mi trasero. La fricción era deliciosa. Mi cuerpo volvió a temblar, me sostuve de la rejilla y todos mis músculos se contrajeron.

—Ahora sí, córrete —gruñó sobre mi boca.

Un dolor placentero se concentró en mi sexo. Como la vez anterior, tuve segundos donde mi mente quedó en blanco bajo un estallido fugaz de la más placentera y liberadora de las sensaciones.

—Hermosa —murmuró sin dejar de besar mi cuello.

Me tomó por detrás de las rodillas. Me temblaban las piernas y no pude abrazar sus caderas, pero me sostuvo. Tenía fuerza suficiente para alzarme y hacer que mi sexo se deslizara por toda su extensión.

—No te voy a soltar —advirtió—. Pienso follarte colgando de esa rejilla y con las manos atadas.

Sentí su dureza empujar hacia mi interior, despacio, abriendo mis piernas para que fuera más fácil.

—¿Vas a resistirte? —preguntó con tono burlón mientras entraba más—. ¿Quieres que me detenga?

Se sentía invasivo y a la vez excitante. Jadeé un “sí” desesperado. Iba a suplicarle que no se detuviera cuando entró en mí por completo. Pensé que iba a gritar, pero de mi boca no salió sonido alguno.

—¿Por qué tan mojada y caliente para mí, Mariposa? —dijo contra mi cuello en lo que entraba y salía—. ¿Sabes que ahora tu coño es mío y de nadie más?

Un golpe contra sus caderas me arrancó un gemido.

—No voy a ser delicado —gruñó—. Aunque supliques voy a follarte como yo quiera.

—Hazlo —jadeé.

—¿Te gusta que diga esas cosas?

—Sí.

—¿Te gusta sentirte indefensa? ¿Te gusta tanto el miedo?

—Sí.

Enterró los dedos en mis piernas y me movió contra él con fuerza. El ardor vino seguido de una oleada de placer.

—Entonces deberías saber que voy a usar tu bonito y delicado cuerpo a mi antojo.

Lo único que escuchaba, además de su voz, era el sonido de mi cuerpo chocando contra sus caderas. La velocidad de sus embestidas iba aumentando, me hacían reconocer ese desconocido y ansiado placer en el horizonte.

Me tomó por sorpresa que desatara las manos para dejarme sobre una superficie blanda. Con la misma rapidez y agilidad, me dio la vuelta y quedé de cara al colchón. Me agarró de la parte de atrás del cuello e impidió que me incorporara.

—Apóyate en las rodillas y levanta ese culo para mí.

Amasó mi trasero y mi sexo palpitó. Chillé contra el colchón cuando me penetró. Empujó varias veces, cada una más fuerte que la anterior. Me sentía sometida, un juguete entre sus manos que podían cerrarse alrededor de mi cuello para dejarme sin vida en un abrir y cerrar de ojos.

No era solo la forma en que poseía mi cuerpo lo que me enloquecía. Imaginar todas las maneras en las que me podía hacer daño, me gustaba.

La humedad se deslizaba entre mis piernas mientras me amenazaba con lo que haría si me atrevía a quitarle el placer de usar mi cuerpo.

Cada palabra me excitaba más. Le pedía que siguiera, entre gemidos, pero todo se detuvo cuando la luz amarillenta del pequeño compartimento se encendió. Volvió a parpadear cada cierto tiempo. Nos dejó en penumbra y se robó la magia de la oscuridad.

—Si giras ahora, sabrás quién soy —dijo y la curiosidad me quemó las entrañas.

La mano con la que sostenía mi cabeza acarició mi espalda. Atrapó mi cintura, pero no salió de mí, solo esperó. Quería que yo decidiera si iba a mirar, me estaba dando la oportunidad y dudé, pero...

—Ponte la máscara.

—¿Segura?

—Sí.

—Entonces quiero tenerte de frente para que veas cómo el desconocido de la máscara te folla hasta que te vuelvas a correr.

Manejar mi cuerpo era fácil para sus enormes manos. Caí a horcajadas sobre él y la máscara quedó a centímetros de mi rostro.

—Tu turno, Mariposa. —Me penetró sin contemplaciones—. Fóllame.

Sus ojos brillaron bajo la luz tenue e intermitente, no veía su boca detrás de los barrotes alargados y deseaba besarlo, pero lo que más quería era al desconocido. Mirar esa máscara y no saber quién estaba detrás, dejarme dominar, ser suya.

—Muévete —ordenó y me pegó una cachetada en el trasero.

El dolor me sobresaltó, fue placentero. Era exquisito ser yo la que decidía cuándo su miembro entraba en mí. Me excitó más que él se estremeciera al mirar mi cuerpo moverse, le gustaba.

Me acostumbré demasiado rápido a balancear las caderas. Sus manos apretaron mi cintura y cuando no fue suficiente para él, tomó el mando, penetrándome al mismo ritmo.

Nuestros cuerpos chocaban, el sonido era música para mis oídos y había perdido la voz de tanto gemir.

—Córrete para mí, Mariposa —murmuró y se sintió como una súplica—. Córrete y yo imaginaré que gritas mi nombre.

La amabilidad en su tono de voz no tenían nada que ver con la fuerza con que me apretaba el cuello o la violencia con la que me penetraba.

Se me escapó un grito cuando, sin previo aviso, mi cuerpo estalló en pedazos. Sentí que me ahogaba y que la oscuridad me envolvía. El pico más alto de placer me dejó suspendida en la inconsciencia. Dejé de sentir mis extremidades, mi cuerpo...

—Hermosa.

La palabra me devolvió a la realidad. Me abrazaba y su frente descansaba entre mis pechos, la máscara había manchado mi piel de algo oscuro. Cuando miré hacia abajo vi su miembro aún endurecido.

Un líquido denso y perlado se resbalaba por su abdomen. Pasó el dedo y los puso a la altura de mis ojos.

—¿Quieres probar?

Me sorprendió abrir la boca en respuesta. Dudó antes de poner el dedo en mi lengua y quedó inmóvil cuando lo chupé sin que lo pidiera.

Mi corazón latía tan fuerte que dolía, pero ahí estaba, desnuda y tras romper cada una de las reglas con las que había crecido. Más sucia, más pecadora y más viva que nunca.

—No me arrepiento de nada —murmuré.

Su pulgar se deslizó por mi labio inferior.

—Eres valiente, Mariposa... Mi Mariposa, solo mía.

The background of the page is a solid black field covered with a dense, chaotic pattern of thin, white, hand-drawn scribbles. These lines are of varying lengths and curves, creating a complex, web-like texture that fills the entire frame.

EPÍLOGO

1 de noviembre

—¿Descansaste?

Había follado con un enmascarado en un tren.

«Hice de todo menos descansar».

—Dormí genial —mentí y Logan me dedicó una sonrisa ladina antes de sentarse detrás de mí.

Algo me hizo pensar que no me creía, pero lo ignoré. Jamie tomó asiento a mi lado. La clase de Literatura, la primera del semestre, iba a dar inicio.

Sentía emoción y nervios, pero también sabía que estaba en negación. Era consciente de lo que había pasado la noche anterior, recordaba todo y evitaba procesarlo.

—¿Qué hace él aquí? —murmuró Jamie.

Asher King se encontraba en la puerta del salón.

—Será el alumno ayudante del profesor —dijo Logan.

—No soporto a ese tipo —masculló Max.

Asher pasó por mi lado sin tan siquiera mirarme.

Podría no importar quién estaba detrás de la máscara, pero tenía claras las opciones. En algún momento volvería la necesidad de descubrir con cuál de los tres había pecado el día anterior.

Traté de concentrarme cuando el profesor comenzó la clase.

«¿Quizás sí puedo fingir que no ocurrió?».

No sería la primera vez que borraba un recuerdo.

«Sí, puedo olvidarlo todo».

Abrí mi cuaderno para tomar apuntes y un pedazo de papel cayó al suelo. Era una nota escrita con tinta roja:

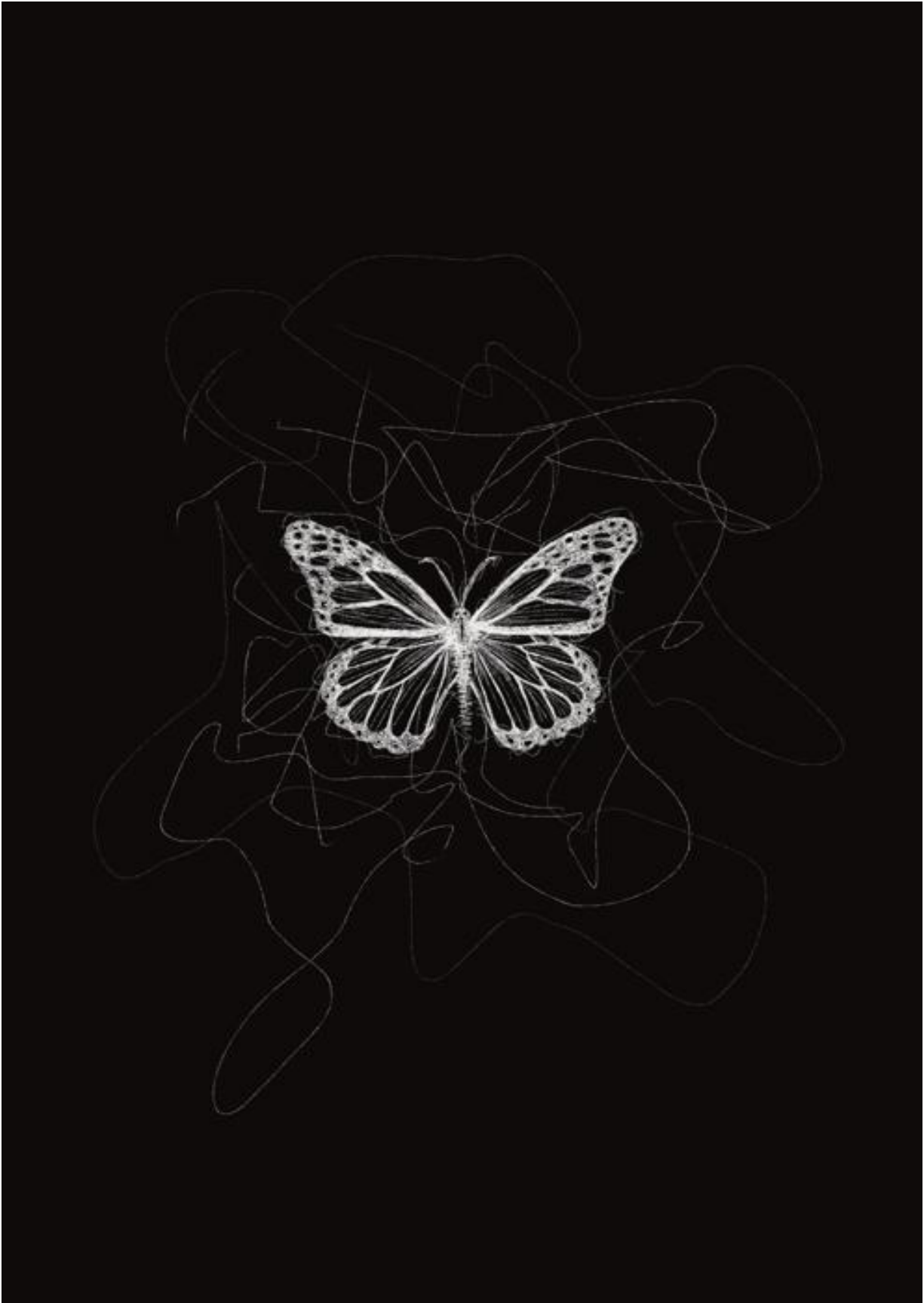
*Estamos en el mismo salón
¿Quieres descubrir quién soy?*

Más de cincuenta personas me rodeaban, la mitad eran chicos y la realidad me cayó como un balde de agua fría.

Casi todos en la universidad iban a Villa del terror para celebrar Halloween y máscaras como la del verdugo había muchas. Podía ser cualquier chico en aquella sala.

Le di la vuelta a la nota con el corazón a toda velocidad y leí otras palabras:

Voy a cazarte, Mariposa



Agradecimientos

A mi familia por no leer esto.

Primera edición: septiembre 2024

© Meera Kean, 2024

Corrección: Sabiñe Susaeta

ISBN: 9798339800057

Imprint: Independently published

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.